

Tres turistas en Veracruz

Ana García Bergua



Fondo Casasola, *Turistas en el puerto de Veracruz*, ca. 1935. Sinafo-INAH, núm. de inv. 82691

En realidad, tienen razón quienes dicen que las fotos roban el alma de los sujetos retratados. De hecho, uno siempre tiene la impresión de que es el fotografiado el que nos mira desde su lado del espejo, y no al contrario como parecería. Algo se queda de nosotros en las fotos que nos toman, algo que nos reprocha y nos ve con asombro después. Estos tres turistas en Veracruz se ven molestos, como si el retrato fuese algo antinatural, algo que no debería ocurrir. La posición de entrada, tan incómoda; las ropas elegantes, adecuadas para caminar con gracia por el muelle, saludar levantando el sombrero de carrete, las sombrillas tan apropiadas, las medias, todo parece mojarse, arrugarse, mancharse, sentados como están casi en el suelo del muelle, el ceño fruncido por el sol, el pensamiento perdido en la lejanía o en los detalles de una situación conflictiva. Vean, si no, la expresión de la mujer del centro, aquella que parece ser la novia, o la esposa: resentimiento, sentimiento por algo que él no le cumplió. Y mírenlo a él, esa seriedad que raya con el enojo. ¿Qué capricho le habrá pedido esta vez?, ¿comer dónde, alojarse dónde, quizá regresar ya, ahora mismo a la capital, lejos de este calor, de los mosquitos o de algún jarocho dema-

siado galante?. Y observa la mortificación de la que será hermana, prima, cuñada o amiga, que con los ojos suplica, nos suplica quizá a nosotros, sáquenme de esta situación, sáquenme de esta foto, ya saben que entre marido y mujer... A lo mejor ni querían ser retratados, pero el hombre de la cámara cómo insistió, cómo los siguió por el muelle, desde la Parroquia quizás, y no quedó satisfecho hasta no tenerlos atrapados, arrinconados en un muelle casi al borde del precipicio, de las quijadas de los tiburones, y poderse él esconder debajo de su paño negro, como un mago, empeñado en celebrar aquel instante melancólico en una regocijada explosión de magnesio. Atrás, el mar poco activo e indiferente, los barcos, quizás el mercado o la aduana, cómo saber. Tan enorme como si fuera un desierto, tan borroso Veracruz detrás de ellos, como las lágrimas que empañan la mirada, la alegría olvidada de las vacaciones. Antes, no cabe duda, los turistas eran seres humanos a los que les ocurrían cosas, no como estas hordas de ahora obligadas a la felicidad. Y el paisaje, sensible a todo, se regocijaba con ellos o se desolaba si les iba mal, como este mar indefinido, como los tablones duros de este muelle.